Quando el álgebra se vuelve literatura Fracaso de la Educación: la diferencia entre conocer y repetir

La erudición, un espejismo

Durante las últimas décadas, la academia ha presenciado una transformación silenciosa pero devastadora en su método de construcción del conocimiento. Umberto Eco, en su clásico "Cómo hacer una tesis", estableció criterios rigurosos para la investigación académica que, paradójicamente, terminaron fomentando aquello que pretendían evitar: la confusión entre acumular referencias y generar comprensión genuina.

Diferencia fundamental: Herramientas vs. muletas

Los matemáticos y físicos desarrollan algo que podríamos llamar "músculos intelectuales". Cuando un matemático aprende cálculo diferencial, no memoriza fórmulas para recitarlas; internaliza operaciones que se convierten en herramientas cognitivas permanentes. Puede derivar, integrar y resolver ecuaciones diferenciales sin consultar manuales porque ha transformado esos procedimientos en extensiones naturales de su pensamiento. Más aún, esta apropiación genuina le permite crear nuevas matemáticas, expandir el corpus existente desde la comprensión profunda de sus fundamentos.

Un físico que comprende la mecánica cuántica no necesita citar a Heisenberg cada vez que aplica el principio de incertidumbre; ha metabolizado conceptualmente esa realidad hasta el punto de poder operar con ella intuitivamente. Su conocimiento no depende de la autoridad externa, sino de la comprensión interna que le permite incluso cuestionar y reformular esos principios.

La trampa del fetichismo bibliográfico

En contraste, observamos en las ciencias humanas —particularmente en psicoanálisis, psicología y disciplinas afines— un fenómeno preocupante: la sustitución del conocimiento por la citación. El profesional busca en la literatura un párrafo que aparentemente "sostiene" su posición, lo extrae de su contexto

original y lo presenta como fundamento de su práctica. Esta operación crea una ilusión de rigor académico que es, en realidad, su antítesis.

Esta práctica revela una comprensión fundamentalmente errónea de cómo funciona el conocimiento científico. El texto citado no se convierte en conocimiento del citador por el mero acto de referenciarlo; permanece como conocimiento ajeno, como un adorno intelectual que disfraza la ausencia de comprensión genuina. Es como si un matemático, incapaz de resolver integrales, simplemente copiara resultados de libros de texto cada vez que necesitara uno.

Fracaso sistémico: La forma devora al contenido

El problema no radica en la citación per se, sino en haberla convertido en el objetivo final del proceso académico. Las universidades premian la erudición aparente —medida en número de referencias, originalidad de las fuentes, sofisticación de la bibliografía— por encima de la comprensión real y la capacidad de aplicación autónoma del conocimiento.

Este fenómeno ha generado profesionales que funcionan como "compiladores humanos": capaces de ensamblar citas relevantes pero incapaces de operar independientemente con los conceptos que supuestamente dominan. Su conocimiento es frágil, dependiente de la autoridad externa y, fundamentalmente, estéril para la generación de nuevos insights.

Confundir información con conocimiento: Raíz del problema

La educación superior ha sucumbido a lo que podríamos llamar "la falacia de la acumulación": creer que el conocimiento se construye sumando información, cuando en realidad se construye transformando información en capacidad operativa. Un psicoanalista que cita a Lacan no necesariamente comprende el psicoanálisis; un matemático que puede demostrar el teorema de Gödel sin consultar fuentes sí comprende lógica matemática.

Esta distinción es crucial porque el conocimiento genuino es generativo: permite crear, innovar, aplicar principios a situaciones nuevas. El pseudo-conocimiento basado en citas es meramente reproductivo: permite repetir, pero no crear; permite citar, pero no comprender; permite aparentar expertise, pero no ejercerla auténticamente.

La gravedad de este fenómeno alcanza dimensiones dramáticas cuando consideramos que con las mismas citas del DSM-5 o de Lacan, un profesional puede diagnosticar como esquizofrenia lo que en realidad constituye un simple discurso histérico. Esta intercambiabilidad arbitraria de diagnósticos — sustentada en la misma aparatología bibliográfica— no representa meramente mala praxis, sino falta de ética de proporciones dramáticas que destroza vidas humanas. Un diagnóstico erróneo de esquizofrenia condena al paciente a una estigmatización social brutal, destruye la estructura familiar, aniquila proyectos de vida y somete al sujeto a tratamientos farmacológicos devastadores e innecesarios. El impacto se extiende como ondas sísmicas a través del tejido social: familias destruidas, recursos públicos malgastados, confianza institucional erosionada. Todo esto ocurre no por ignorancia, sino por la sustitución éticamente reprochable del conocimiento genuino por el fetichismo erudito de la cita apropiada.

Hacia una reforma conceptual

El sistema educativo necesita recuperar la distinción entre saber acerca de algo y saber hacer algo con ese conocimiento. Los físicos no estudian física para poder citar a Newton; estudian para poder predecir el comportamiento de sistemas físicos. Los matemáticos no memorizan teoremas para adornar sus textos; los internalizan para poder resolver problemas nuevos. Los matemas (Lacan) se estudian para predecir el comportamiento de las palabras y se internalizan para resolver problemas nuevos.

La verdadera medida del conocimiento no debería ser la capacidad de citar apropiadamente, sino la capacidad de operar autónomamente con los conceptos, de aplicarlos creativamente a problemas inéditos, de expandir el campo desde la comprensión profunda de sus fundamentos.

Mientras las disciplinas humanísticas no abandonen esta dependencia patológica de la cita como sustituto del conocimiento, seguirán produciendo eruditos estériles en lugar de pensadores genuinos, perpetuando el fracaso educativo que confunde la apariencia de sabiduría con la sabiduría misma.

Lacan y la matemática del inconsciente: ¿Camino perdido?

La tragedia de esta confusión entre citación y conocimiento encuentra su ejemplo más paradigmático en el destino de la obra de Jacques Lacan. Consciente, precisamente, de los peligros del fetichismo bibliográfico que aquí denuncio, Lacan desarrolló un álgebra específica para el tratamiento del inconsciente, siguiendo el modelo de la física teórica y de partículas. Al igual que los físicos generan matemáticas particulares para operar con realidades que escapan a la intuición cotidiana, Lacan construyó un sistema algebraico —con sus matemas— destinado a formalizar el funcionamiento del sujeto del inconsciente de manera operativa, no meramente descriptiva.

Sin embargo, la comunidad psicoanalítica cometió exactamente el error que Lacan intentaba evitar: en lugar de aprender las operaciones algebraicas propuestas, se dedicaron a citar los textos lacanianos como si fueran escrituras sagradas. Donde Lacan había creado herramientas matemáticas para operar clínicamente con el inconsciente, sus seguidores vieron ornamentos eruditos para adornar sus interpretaciones. El resultado es devastador: generaciones de analistas que citan a Lacan profusamente, pero son incapaces de utilizar sus matemas, que hablan del "gran Otro" pero no pueden operar según su función y mucho menos pueden operar con la función del significante, que mencionan la topología, pero jamás realizan las operaciones que Lacan propuso. Han convertido un álgebra en literatura, una herramienta operativa en fetiche bibliográfico, reproduciendo así la misma esterilidad intelectual que Lacan había intentado superar mediante la formalización matemática de la experiencia analítica.